

17 El Puente Bicultural¹

Paul G. Hiebert

¿Cómo se mueve el evangelio desde una cultura a otra? En nuestro día llena de medios de comunicación en masa y de tecnología moderna, somos tentados a pensar en términos de radio, televisión y la página impresa. Más bien, la comunicación del evangelio a través de los abismos de diferencias culturales se apoya en la calidad de las relaciones interpersonales entre los seres humanos, entre los misioneros y las personas a quienes sirven. Esta relación entre las personas de una cultura con las personas de otra cultura es lo que llamamos el puente bicultural.



Paul Hiebert (Ph.D., Antropología Cultural) nació en la India a padres misioneros. Paul y su esposa Frances sirvieron seis años en la India con MB Mission. Después de algunos años enseñando en universidades seculares, Paul dedicó su vida a enseñar misiones y antropología, primero en la Escuela Fuller de Misión Mundial (1977-1990) y luego en la Escuela de Divinidad Evangélica Trinidad (1990-2007). Muchos líderes notables de HM de todos los continentes fueron influenciados por los enfoques académicos y prácticos de Hiebert a la misión. Algunos de sus 10 libros y 150 artículos sirven como lectura estándar en el estudio de la misión en las instituciones de HM.

La Bicultura

La comunicación a través del puente bicultural tiene lugar dentro de la bicultura: una nueva cultura creada por personas de dos orígenes culturales diferentes (ver figura abajo). Cuando los misioneros dejan su primera cultura para entrar en una nueva sociedad, llevan consigo sus mapas culturales. Ellos tienen ideas de lo que es comida y cómo cocinarla, de quién debe educar a los niños y qué valores deben ser enseñados, de cómo adorar adecuadamente y de muchas otras cosas. No importa el esfuerzo con que lo intenten, no pueden “volverse nativos”. La cultura anterior de su infancia nunca puede ser completamente borrada. Por otro lado, para los misioneros es imposible importar totalmente su cultura, incluso si lo intentan. Son influenciados en gran medida por la cultura a la que entran, su segunda cultura.

En cuanto la gente local interactúa con los misioneros, ellos también se convierten en parte de la bicultura. Ellos tienen sus propias ideas de comida, crianza de hijos, valores y adoración. A pesar de que posiblemente no salgan de su país, están expuestos a nuevas ideas y creencias. Para relacionarse entre sí, los misioneros y los nacionales deben crear nuevos patrones de vida, trabajo, juego y adoración, es decir, una nueva cultura. De hecho, gran parte del esfuerzo de una comunidad bicultural se dedica a definir lo que es esa cultura. ¿Qué tipo de ropa se debe usar? ¿Deben los misioneros y los nacionales llevar cada uno su propio tipo de vestido? ¿Deben ambos llevar ropa occidental o ropa de la cultura local? ¿Qué tipo de comida deben comer? ¿Qué tipo de casa deben construir? ¿Deben los misioneros tener automóviles, y si es así, los líderes nacionales también deben tenerlos? ¿Dónde deben ir los niños de los dos grupos a la escuela, y en qué medio de instrucción? ¿Cómo deben relacionarse los misioneros y los nacionales entre sí? Estas y otras mil preguntas deben ser respondidas para construir una bicultura estable que permitirá a los extranjeros y a los nacionales a comunicarse y trabajar juntos.

Si bien la bicultura puede tomar prestados elementos de las diferentes culturas de sus participantes, es más que la suma o síntesis de esas culturas. Los nuevos patrones culturales a menudo surgen desde la interacción. Al final, si la comunicación va a tomar lugar entre personas de diferentes culturas, debe elaborarse una bicultura satisfactoria en la que ambas partes encuentren una medida de comprensión y satisfacción mutuas. Sin esto, es difícil que el evangelio cruce el puente bicultural. El puente bicultural es solo una etapa en la comunicación multi-etapa del evangelio de una cultura a otra. El misionero ha sido entrenado por padres, pastores y maestros antes de ir a una nueva sociedad. Allí él o ella trabaja generalmente de cerca con los líderes cristianos nacionales que son parte de esta bicultura. Ellos a su vez comunican el evangelio a otras personas en toda la tierra. La mayor parte del evangelismo a las aldeas y la plantación de iglesias ha sido hecha por obreros nacionales.

Nuestra preocupación aquí es con las relaciones entre los misioneros y los miembros de la iglesia nacional, porque es aquí donde el evangelio y la iglesia se traducen a una nueva cultura. El hecho de que la gente confíe en el evangelio y de que van a la iglesia como extranjera o como indígena a su cultura, depende en gran medida de la naturaleza y la calidad de las relaciones de este puente bicultural.

Generacionalismo en la Bicultura

Igual que en otras culturas, las diferencias generacionales emergen dentro de la bicultura. Hay recién llegados, los misioneros y los nacionales que han entrado recientemente a la bicultura. Y hay veteranos, los que han pasado gran parte de su vida en la bicultura.

Misioneros de Primera Generación

Los misioneros de primer plazo pertenecen a la primera generación de la bicultura. En su mayor parte son idealistas. Ellos han tomado una tarea porque tienen una gran visión de la obra y un enorme celo. Los objetivos que se fijan son grandes, a veces poco realistas. Ellos evangelizarán a toda la India en cinco años, o, si no toda la India, al menos Andhra Pradesh. O construirán un gran hospital o una gran escuela bíblica. Además, están dispuestos a sacrificar todo para completar su misión. Tienen poco tiempo para la familia o para el descanso.

A menudo se les llama “sumergidos” por su disposición a identificarse más estrechamente con la cultura nacional, a diferencia de muchos de los antiguos. Si se les anima en esta identificación, se pueden unir a la cultura y a las personas locales. Sin embargo, si se convierten en parte de la cultura misionera, adquirirán la creencia de que es imposible identificarse plenamente con el pueblo nacional.

El éxito o el fracaso de los misioneros de primer plazo depende en gran medida de su lugar dentro de la estructura de la bicultura. Al tomar la dirección de un nuevo ministerio, como abrir un nuevo campo misionero, iniciar un nuevo hospital o construir una nueva escuela bíblica, ellos pueden llegar a ser muy exitosos. Empiezan con nada. Cuando se van ya hay una iglesia o una institución. Ningún precedente les impide, y tienen el poder de construir un programa de acuerdo con sus propios planes. Por ejemplo, cuando el primer médico misionero se muda a un área, a menudo solo hay un campo vacío. Cuando él o ella se va, generalmente hay un hospital, con quirófanos, oficinas de admisión y salas. Por otro lado, los misioneros de primer plazo que dirigieron los nuevos esfuerzos pueden ser tremendos fracasos. No tienen restricciones institucionales y, a menudo, no tienen compañeros para revisar sus malas decisiones. Establecen la dirección para nuevos programas que a menudo son difíciles de cambiar más tarde.

Cuando los misioneros de primera generación dirigen antiguas programas establecidos, tienen un potencial de éxito moderado. Tienen el poder de instituir sus propias ideas, pero heredan un legado del pasado. Cuando tratan de cambiar los procedimientos establecidos, se les recordará que “no es así como el fundador lo hizo, o como siempre lo hemos hecho”. Los líderes posteriores del programa nunca pueden estar a la altura de la imagen recordada del fundador, cuyo cuadro cuelga en la pared en el pasillo central. Lo que el fundador estableció como un procedimiento *ad hoc*, por la segunda generación se convierte en ley y por la tercera se convierte en rito sagrado. Pero si los misioneros de primer plazo solo pueden ser moderadamente exitosos en iniciar sus programas, solo pueden ser fracasos moderados. Están protegidos de cometer grandes errores por parte de la institución que ha comenzado a adquirir una vida propia. Una institución tiene una manera de mantenerse viva y de templar los fracasos de sus líderes. Ahora demasiada gente tiene intereses establecidos en la institución para dejarla morir fácilmente.

Los misioneros de primera generación colocados en medio de programas antiguas tienen pocas posibilidades de éxito o de fracaso. Tienen poco poder para iniciar el cambio; esto, combinado con su visión y celo, generalmente conduce a la frustración. Es necesario tener un tipo especial de persona para servir en tal posición, y hacerlo con una medida de alegría.

Una de las principales características de los primeros plazos de los misioneros es el choque cultural. A menudo, por primera vez, los recién llegados tienen que llegar a un acuerdo con la otra cultura: aprender sus caminos y respetar, incluso amar, a su pueblo y a sus costumbres. Los tipos de actitudes y relaciones desarrolladas durante el primer plazo generalmente caracterizarán los ministerios de los misioneros durante el resto de sus vidas.

Misioneros de Segunda Generación

Los misioneros de segunda generación son aquellos con experiencia en el trabajo que están haciendo; muchas veces están en su segundo, tercero o cuarto plazo de servicio.

Los misioneros de segunda generación comparten ciertas características. En primer lugar, tienden a ser más realistas en su evaluación de su trabajo. Han aceptado el hecho de que no pueden evangelizar a todo Japón—o incluso a toda Osaka—en cinco años. Se dan cuenta de que vale la pena construir una escuela bíblica, entrenar a una serie de buenos líderes o plantar cuatro o cinco iglesias fuertes.

Son más realistas, también, en cuanto a sus propios estilos de vida. Se vuelven cada vez más conscientes de que solo tienen una vida para vivir. Si van a tener tiempo con sus hijos, tendrán que hacerlo ahora, antes de que los niños crezcan. Si tienen que descansar y relajarse, deben hacerlo a costo de otras actividades. No están menos

comprometidos con la tarea. De hecho, su compromiso se ha convertido en un compromiso de largo plazo. Pero ya no están dispuestos a pagar cualquier precio para asistir a las reuniones, las clases y los eventos. Comienzan a darse cuenta de que sus hijos y ellos mismos son parte de una mayor obra de Dios.

Los misioneros de segunda generación, junto con sus compañeros de trabajo nacionales expertos, hacen la mayor parte del trabajo de la misión. En general han resuelto la logística de mantenerse vivos. Conocen el idioma y las costumbres locales. En consecuencia, son capaces de entregarse al largo y duro trabajo necesario para plantar la iglesia.

Una de las tareas importantes de los misioneros con experiencia es ayudar a los misioneros de primer plazo en adaptarse al campo. Incluso cuando esta tarea es entregada a la iglesia, los misioneros experimentados tienen un papel pastoral importante en ayudar a los nuevos misioneros a ajustarse al choque cultural.

Misioneros de Tercera Generación

A los misioneros de tercera generación se les llama a veces veteranos. En el estudio de John y Ruth Useem y John Donoghue (1963) en el que se presentó por primera vez el concepto del generacionalismo bicultural, los ancianos eran los que sirvieron en el extranjero durante la época colonial. Muchos de ellos, con algunas excepciones notables, aceptaron nociones de superioridad occidental y dominio colonial. Asumieron que el misionero debía estar a cargo de la obra y vivir como extranjero con sus bases y bungalós. No debemos juzgarlos, porque ellos, como nosotros, eran gente de su tiempo. Muchos de ellos sacrificaron mucho más que los misioneros modernos. Los misioneros entonces sirvieron siete o más años antes de regresar a su país de origen. La mayoría de ellos enterraban a esposos e hijos donde servían, y muchos no podían tomar vacaciones de verano en las estaciones de la colina porque los viajes en carro o barco eran demasiado difíciles y largos.

Pero los tiempos han cambiado. Ya no vivimos en un mundo en el que el dominio colonial y la superioridad extranjera son aceptados. Hoy necesitamos misioneros que se identifiquen con el pueblo y con sus aspiraciones. En consecuencia, encontramos una brecha generacional entre aquellos que miran hacia atrás con nostalgia a la época colonial, cuando las misiones desempeñaron un papel central en la vida de la iglesia y aquellos que ven el propósito de misiones como una asociación en servicio con una iglesia autónoma.

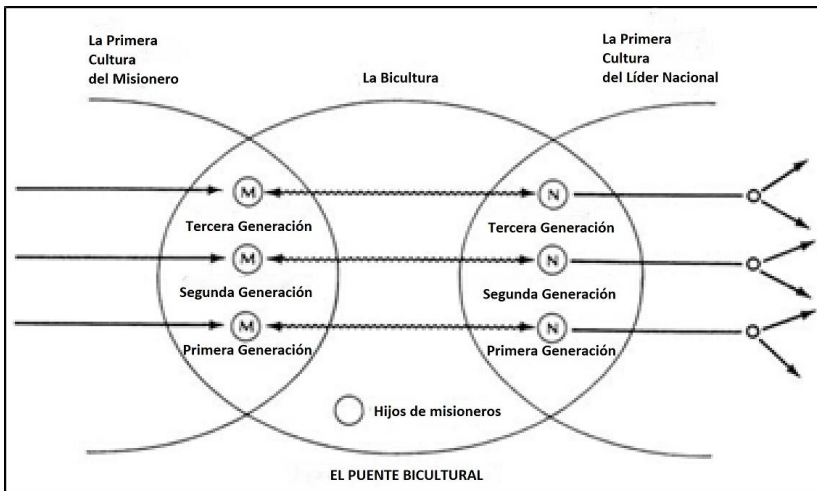
El Generacionalismo entre los Líderes Nacionales

El generacionalismo también es evidente entre los líderes nacionales en la bicultura. Los jóvenes a menudo tienen una gran visión y celo por el trabajo. En

nuestro día del nacionalismo creciente, esto a menudo está vinculado a fuertes convicciones de que la iglesia nacional debe asumir la responsabilidad de sus propios asuntos. Al igual que sus homólogos misioneros, por lo general están dispuestos a pagar casi cualquier precio por el bien de la obra. En muchos casos tienen que sacrificar el apoyo de familias y parientes que pueden haber planeado carreras más tradicionales para ellos. Los líderes de la primera generación que se encargan de tareas importantes pueden ser grandes éxitos y grandes fracasos. Puestos en una posición de poca autoridad y no permitidos dirigir, algunos de los mejores de ellos se van a unir a otras iglesias (a menudo nativistas) o a iniciar sus propios movimientos. Con demasiada frecuencia hemos perdido a nuestros mejores hombres y mujeres jóvenes porque no les hemos encomendado responsabilidades.

Los líderes nacionales de segunda generación son aquellos que se han comprometido a trabajar a largo plazo en la iglesia o la misión. Junto con misioneros experimentados, ellos llevan a cabo la mayor parte del trabajo.

Los líderes nacionales de tercera generación son los que crecieron durante la época colonial. Para muchos de ellos, el movimiento rápido hacia el nacionalismo es aterrador e inquietante. Miran con nostalgia hacia el día en que la misión estaba a cargo y había mucha seguridad.



Puntos de Estrés en la Bicultura

La bicultura es una cultura bajo construcción. Tiene poca profundidad de tiempo y es creada por personas de diferentes culturas que tienen poca o ninguna idea de cómo resultará la nueva cultura. No es sorprendente, entonces, que haya

puntos donde aparece el estrés. Además, el estrés seguirá siendo parte de la bicultura por algún tiempo, porque pocas áreas del mundo han cambiado tan rápidamente como las relaciones internacionales. El cambio del colonialismo al nacionalismo—y ahora al internacionalismo—y el cambio de las potencias mundiales mientras una nación y luego otra se eleva y se cae en el poder y el prestigio mundial influyen enormemente en la bicultura.

La Creación de la Bicultura

Un área de estrés tiene que ver con la propia creación de la bicultura. ¿Qué forma debe tomar? ¿Cuáles elementos se debe tomar prestado de cada una de sus culturas progenitoras? ¿Deben los misioneros y los nacionales relacionarse como padres e hijos, como socios contractuales, como iguales indiferenciados o cómo qué? Si los líderes nacionales de los países en desarrollo reciben los mismos salarios que los misioneros, ¿no serán aislados de su pueblo o atraídos al ministerio solo por el estilo de vida afluente? Por otro lado, ¿deben existir diferencias que hablen de la distancia cultural y la segregación?

Hoy en día hay mucho énfasis en la identificación de los misioneros con la cultura a la que van. A la medida posible, los misioneros deben vivir dentro de los marcos culturales de las personas a quienes van, pues al hacerlo pueden llevar el evangelio a atravesar la mayoría del puente bicultural. La distancia entre culturas es a menudo grande, y alguien debe traer el evangelio de una cultura a otro. Cuanto más los misioneros lleven el Evangelio a una nueva cultura, más eficaz será su aceptación y menos distancia tendrán los líderes nacionales para convertirlo en nativo a esa cultura.

Los primeros intentos de identificación a menudo se centran en las prácticas culturales visibles en cuanto a alimentos, casas, ropa, automóviles y estilo de vida. La identificación a este nivel es importante, aunque debemos reconocer los límites de la adaptabilidad humana. Algunas personas deben mantener más lazos que otros con su pasado cultural para mantener el equilibrio psicológico y el ministerio efectivo.

Pero la identificación a nivel de prácticas puede ocultar sentimientos de distancia en niveles más profundos. En el nivel de los roles, los misioneros pueden sentir que no deben trabajar bajo la dirección de los nacionales. En el nivel de las actitudes pueden estar convencidos de la superioridad de su cultura o su raza. No se identificará en la superficie ni se intentará cubrirlo.

Búsqueda de Identidad

Una de las grandes preguntas de los miembros de la bicultura tiene que ver con su identidad cultural. En gran medida nuestra identidad personal está ligada a nuestra

identificación con una sociedad y cultura. Los pueblos biculturales pertenecen a dos mundos socioculturales.

Muchas veces los misioneros no son conscientes de los cambios profundos que toman lugar dentro de ellos. Se consideran a sí mismos como estadounidenses o canadienses que viven en el extranjero por un tiempo. Cuando regresan a sus primeras culturas, esperan asimilar de nuevo en la cultura con un mínimo de ajuste. A menudo, sin embargo, experimentan un choque cultural severo. En cuanto más se adapten con éxito a la bicultura, experimentan un mayor choque cultural inverso en su regreso a casa.

Los misioneros se sorprenden al encontrar sus relaciones con sus familiares y amigos tensos y distantes. Esperan que estas personas se emocionen al escuchar sobre sus muchas experiencias, pero después de una hora o dos, la conversación se mueve a asuntos locales—a la política local, asuntos de la iglesia o asuntos familiares. La gente en casa no tiene un marco de referencia dentro del cual encajar estos relatos del extranjero. Su mundo es su ciudad y estado o provincia. Los misioneros, por otra parte, han perdido el contacto con los asuntos locales y tienen poco que decir en las conversaciones.

La brecha se acentúa por la cosmovisión alterada de los misioneros. Ellos vuelven con una perspectiva bicultural y mundial que ya no identifica a la cultura original y de la nación como correcta, una que trata a todos los demás como menos civilizados. Cuando los misioneros critican sus primeras culturas, despiertan las sospechas de sus familiares y amigos. A menudo los misioneros se entristecen al descubrir que ya no se sienten cerca de sus parientes y amigos. Encuentran a sus amigos más cercanos entre otras personas biculturales—personas que han vivido en el extranjero. No importa mucho en qué países hayan vivido las personas biculturales; hay un sentido de comprensión mutua, una cosmovisión bicultural común que atrae a estas personas.

Los líderes nacionales también enfrentan una crisis de identidad cultural. En sus relaciones con los misioneros, ellos adoptan ideas y prácticas extranjeras. Algunos viajan al extranjero y se convierten en parte de una comunidad mundial de líderes, pero al hacerlo, abandonan sus culturas tradicionales. Pueden tener dificultades para vivir en sus casas nativas, vestirse con su vestido anterior, comer sus comidas tradicionales, o incluso hablar su idioma materna. Al igual que los misioneros, no pertenecen a su primera o segunda cultura, sino a la bicultura que ha surgido. Cuando los líderes vuelven a casa, a menudo son tratados con sospecha o indiferencia. Al final, ellos también se sienten más a gusto con otras personas biculturales.

Tanto los nacionales como los misioneros son personas de dos culturas. Si bien pueden resolver la tensión externa entre éstos, creando la bicultura para ordenar sus vidas y sus relaciones, internamente deben todavía enfrentarse a la cuestión de

reconciliar dos conjuntos de valores y suposiciones a menudo divergentes. Esta tensión interna puede manejarse de varias maneras. Algunas personas intentan construir ghettos para preservar sus primeras culturas. Demasiadas veces, entonces, la retirada externa de la cultura local representa un rechazo mucho más profundo a nivel psicológico. El resultado es una bicultural muy alejada de la gente, a menudo ineficaz en comunicarles el mensaje del evangelio.

Una segunda respuesta opuesta es intentar ser nativa en la segunda cultura. Los misioneros, por ejemplo, pueden intentar no solo identificarse plenamente con la gente de su adopción, sino también negar su primera cultura. Del mismo modo, los nacionales pueden rechazar su cultura nativa y adoptar plenamente la cultura extranjera a la que están expuestos. Esta respuesta rara vez tiene éxito. Podemos suprimir, pero nunca eliminar, la cultura en la que hemos sido culturados como niños. Queda enterrado, pero se levantará algún día para atormentarnos.

Una tercera respuesta es la compartimentación: aceptar ambas culturas, pero mantenerlas separadas. Uno u otro se utiliza dependiendo de la ocasión. Un ejemplo de esto es el jefe africano moderno que es un miembro del parlamento nacional. En el pueblo se viste de traje tradicional, tiene varias esposas y habla su lengua materna. En la ciudad se viste de ropa occidental, tiene una esposa moderna y habla francés o inglés. En uno de esos casos descrito por Colin Turnbull, el jefe tenía una casa de dos pisos. Arriba era moderno, y abajo era tradicional. Pero los dos mundos nunca se conocieron. Los misioneros también pueden convertirse en esquizofrénicos culturales. A largo plazo, sin embargo, la tensión entre las dos culturas no se resuelve, y las personas viven vidas fragmentadas.

Una cuarta respuesta a la tensión de vivir entre dos culturas es buscar la integración de las dos. Partes de ambas se combinan en una nueva síntesis—una síntesis que generalmente se basa en una perspectiva multicultural que acepta la variación cultural. Raramente se alcanza la síntesis, pero al tratar de unir las dos culturas, el individuo se esfuerza por alcanzar la totalidad interna.

La mayoría de las personas biculturales, con la posible excepción de aquellos que niegan una u otra de sus culturas, mantienen una identificación simbólica con ambas culturas. Por ejemplo, los misioneros occidentales en la India tienden a hablar sobre la política occidental, saludan a todos los estadounidenses y canadienses como viejos amigos y van a restaurantes occidentales cuando están en las ciudades. Durante los años de guerra recibieron paquetes de alimentos con queso, Spam y Fizzles. Éstos fueron guardados para ocasiones especiales, para ser compartidos con amigos americanos en una especie de comida ritual de identificación con América. Al regresar al occidente, estos mismos misioneros tienden a hablar sobre la política india, saludar a todos los indios como viejos amigos y comer en restaurantes indios siempre que sea posible. De repente Spam y Fizzles no tienen ningún valor

simbólico. La misma identificación con dos culturas se encuentra en los indios que son parte de una bicultural. Esta identificación ritual con cada cultura es importante, pues reafirma las diferentes partes de la vida de las personas biculturales.

Alienación

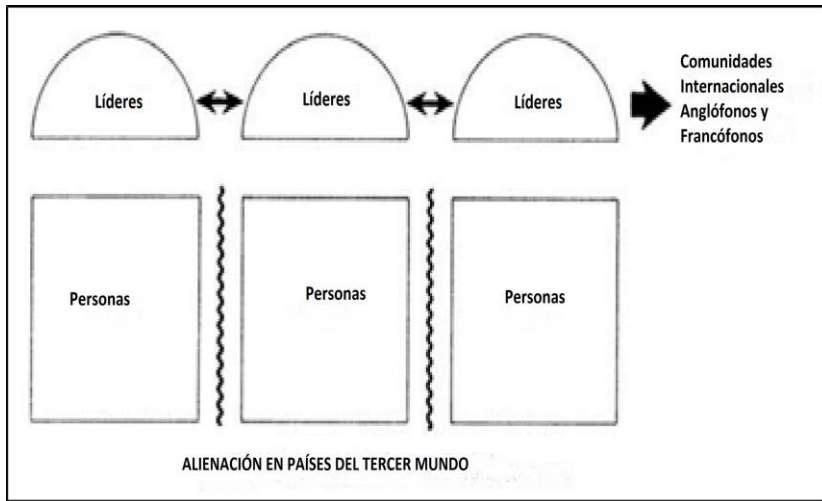
Un segundo problema que enfrentan las personas biculturales es el de la alienación de sus primeras culturas. En el caso de los misioneros, esto es menos un problema, siempre y cuando vivan en el extranjero donde radica su tarea principal. Al regresar a su primera cultura, perciben la creciente distancia entre ellos y su gente.

El problema es más grave para los líderes nacionales. Mientras participen en la bicultural, siguen participando en su primera cultura. Para ellos, es imposible separar geográficamente las dos culturas. Diariamente deben cambiar de marcha a medida que se muevan de una cultura a la otra. Además, su tarea es llevar el evangelio a su cultura nativa, por lo que deben mantener estrechos vínculos con ella. Si se identifican demasiado con la bicultural, se alejan de su pueblo y son desconfiados como extranjeros.

La aparición de una brecha cultural entre líderes e individuos es un problema grave en gran parte del mundo en desarrollo. Esto es cierto tanto en la política y los negocios como en la iglesia. Los líderes nacionales reciben capacitación avanzada en inglés o francés, viajan alrededor del mundo y forman amistades con personas de otros países. A menudo se sienten más en casa en un avión y un hotel que en su ciudad natal. Con la aparición de este liderazgo internacional, se pueden planificar estrategias amplias para la evangelización mundial. Pero a menudo estos líderes tienen dificultades para ministrar directamente a la gente de sus países. Ya no pueden servir como evangelistas y obreros de salud de la aldea. El peligro en las misiones es concentrarse en la capacitación avanzada de los líderes nacionales y olvidar que la comunicación del evangelio requiere de líderes que puedan identificarse con el pueblo. La capacitación de los líderes indígenas es una de las mayores tareas que enfrenta la iglesia en todo el mundo.

La alienación en el caso de los líderes nacionales crea otro problema, el de la dependencia del apoyo externo. Muchas de las principales posiciones de liderazgo en los países en desarrollo dependen de fondos extranjeros. Cuando se cortan esos fondos—una posibilidad cada vez mayor en nuestra era de agitación política—los líderes en estas posiciones son vulnerables. Los misioneros generalmente pueden regresar a sus países de origen y encontrar otros trabajos. Los líderes nacionales han perdido su apoyo, y debido a su formación y sus gustos culturales, les resulta difícil tomar puestos de trabajo dentro de su sociedad tradicional. Además, se han identificado políticamente con el occidente, y si algún gobierno antiamericano llegue al poder, pueden ser marcados para castigo o muerte. A diferencia de los misioneros,

no pueden irse. Al planificar las estrategias de misión, debemos ser particularmente sensibles a la posición difícil en la que podemos situar a nuestros colegas nacionales, y debemos apreciar más los tremendos sacrificios que a menudo tienen que hacer.



Hijos de Misioneros

Algunas de las decisiones más difíciles que enfrentan los misioneros tienen que ver con sus hijos. Primero, ¿a qué cultura pertenecen estos niños? A diferencia de los anteriores movimientos misioneros, cuando la migración a un nuevo país era común, el movimiento misionero moderno se ha caracterizado por los misioneros viéndose a sí mismos y a sus hijos como ciudadanos de su país de origen. En tiempos de crisis y en la jubilación esperan volver a ella. Suponen que sus hijos se casarán y se asentarán allí.

Aquí hay un error fundamental. Los niños criados en la biculturalidad no pertenecen a la primera cultura de sus padres. Para los niños, la biculturalidad es su primera cultura. Su hogar no es la cultura ni norteamericana, ni india, ni brasileña, sino la cultura de los americanos que viven en el extranjero o los indios que viven en el extranjero. En consecuencia, muchos de estos niños sufren un choque cultural y problemas de adaptación cuando van (para ellos, no es regresar) a la primera cultura de sus padres. De muchas maneras para ellos es un país extranjero. Tampoco es sorprendente que muchos de ellos tratan más tarde en la vida de encontrar vocaciones en el extranjero que los lleve a su biculturalidad. Lamentablemente, ese mundo se ha ido. Sin embargo, debido a su experiencia transcultural, a menudo son capaces de adaptarse a otras situaciones biculturales. Aquellos que se quedan descubren que la comunidad de

forasteros en el extranjero se ve bastante diferente para los adultos trabajando en ella que para los niños criados en ella. La mayoría de los niños misioneros se adaptan en diferentes grados a la cultura de sus padres, pero para ellos esta será siempre su segunda cultura. La huella cultural de su infancia nunca puede ser borrada.

Si migrar a la cultura de origen de sus padres crea problemas para los niños misioneros, también lo hace convertirse en nativo. Los niños extranjeros en otro país tienen un papel especial en la sociedad. Ellos asisten a diferentes escuelas, hablan un idioma diferente y tienen valores biculturales—todo lo cual los diferencian de la gente local. Con pocas excepciones, sufren un serio choque cultural si adoptan la ciudadanía local, si se casan a la sociedad y si compiten por empleos locales. Todavía son forasteros.

Cuando se toma la decisión de que los niños deben finalmente identificarse con la cultura de origen de sus padres, surge el problema de la educación. En general, las escuelas locales no coinciden ni en el idioma ni en el currículo con los del país de los niños. En el pasado, los misioneros a menudo dejaban a sus hijos pequeños en su tierra natal con parientes para la educación. Posteriormente las escuelas de misioneros se hicieron comunes. En algunos casos, las madres misioneras enseñaban a sus hijos en casa. Cada enfoque ha tenido sus dificultades.

Institucionalización

Las relaciones biculturales son esenciales si el evangelio va a cruzar el abismo entre las culturas. Si han de ser duraderas y fructíferas, estas relaciones deben tener lugar dentro de un contexto bicultural. Pero como sucede con cualquier cultura, la institucionalización se establece. Lo que comienza como un medio para comunicar el evangelio a través de las culturas se convierte en un fin. Con el tiempo, definir y mantener la bicultura ocupa cada vez más tiempo y recursos, ya que tanto los misioneros como los líderes nacionales tienen fuertes intereses en mantenerlo. Los evangelistas y los maestros efectivos se convierten en administradores y constructores. La flexibilidad que permitió a los primeros misioneros y líderes nacionales responder a las oportunidades locales, da paso a las reglas, políticas y endurecimiento de las categorías.

Para ser efectiva, la misión requiere una cierta flexibilidad y movilidad. Es la iglesia en acción, extendiéndose para plantar la iglesia en adoración. El equilibrio entre *ad hoc* y el orden constitucional—entre iniciativa individual y planificación corporativa—es difícil de mantener.

Implicaciones para las Misiones

Si el éxito de las misiones depende en gran medida de la calidad de relaciones entre los misioneros y las personas a quienes van, ¿existe un modelo bíblico al que podamos dirigirnos para obtener orientación? En el pasado hemos visto la relación como el de un padre a un hijo. Más recientemente hablamos de la asociación y el compañerismo. El modelo bíblico es el de la encarnación. Para superar la brecha cultural entre el cielo y la tierra pecaminosa, Dios se hizo humano y habitó entre nosotros, comiendo nuestra comida, hablando nuestra lengua y sufriendo nuestras penas, sin renunciar a su naturaleza divina. La encarnación es la identificación, pero no niega quiénes somos originalmente. Es, de hecho, un estado bicultural o bipersonal. Así como Dios se hizo uno con nosotros para salvarnos, debemos ser uno con el pueblo al que vamos para traerles esa salvación.

Notas

1. Este capítulo ha sido reimpresso, con permisión de *Mission Focus* vol. 10:1 (Elkhart: Anabaptist Mennonite Biblical Seminary, March 1982).

Lectura Recomendada

Useem, John, Ruth Useem, y John Donoghue. "Men in the Middle of the Third Culture: The Rites of American and Non-Western People in Cross-Cultural Administration." *Human Organization* 22 Fall (1963): 169-179.

Wambutda, Daniel N. "An African Christian Looks at Christian Missions in Africa." En *Readings in Missionary Anthropology 11*, editado por W. A. Smalley. South Pasadena: William Carey Library, 1978.

Wolcott, Harry F. "Too True to Be Good: The Subculture of American Missionaries in Urban Africa." En *Readings in Missionary Anthropology 11*, editado por W. A. Smalley. South Pasadena: William Carey Library, 1978.

Preguntas de Estudio

1. El autor dice: "Algunas personas deben mantener más lazos que otros con su pasado cultural para mantener el equilibrio psicológico y el ministerio efectivo". ¿Debería esto afectar la obra del misionero?
2. "Si (los líderes nacionales) se identifican demasiado con la bicultura, se alejan de su pueblo y son desconfiados como extranjeros." ¿Sigues esto todavía hoy? Si es así, discuta por qué, y qué responsabilidad tienen los forasteros en cuanto a esto.
3. El autor concluye así: "El modelo bíblico es el de la encarnación. Para superar la brecha cultural entre el cielo y la tierra pecaminosa, Dios se hizo humano y habitó entre nosotros, comiendo nuestra comida, hablando nuestra lengua y sufriendo nuestras penas, sin renunciar a su naturaleza divina". Discuta la variedad de decisiones de estilos de vida que los misioneros hacen a la luz de esta declaración.